

atacado mal al cielo. Pagados de esta idea y llenos de ella, reunen á nuestra vista y vuelven á anudar los rotos hilos de su vasta conjuración. Invocando ruidosamente y llamando del polvo del sepulcro las primeras cabezas de la guerra sacrilega que han determinado prolongar, se lisonjean de que sus espectros trastornarán segunda vez el mundo. ¡ Y qué ! ¿ no hemos visto aun bastantes maldades , suficientes desgracias ? ¿ No deben estar ya hartos , por insaciables que sean , de calamidades y delitos ? Contemplad esta Europa , poco ha tan floreciente , y ahora tan profundamente miserable , que no se encuentran otras expresiones para pintar sus dolores que estas de un profeta : *Toda su cabeza es una llaga , y su corazon un gran desfallecimiento* *. Feliz sería y felicísima , si este desfallecimiento no hubiese degenerado en un entorpecimiento incurable , y si este no la conduce despues de nuevas crisis , al postrero y último sueño.

Mas sea cual fuere el resultado de esta revolución memorable , hagamos por aprovecharnos

* ISAÍAS , I , 5 , segun el hebreo.

de algunas de las instrucciones que ella encierra. Nos cuestan demasiado caro para que al menos no tratemos de sacar algun fruto.

Existia , hace treinta años una nacion gobernada por una raza antigua de reyes , segun una constitucion , por unas leyes , que con mas justa razon que las de los Romanos antiguos , se podian haber creído bajadas del cielo , tan sabias , tan bienhechoras , tan favorables á la humanidad eran *. Esta nacion célebre por su franqueza , su dulzura y sus luces , por su amor á sus monarcas y á la Religion á quien debia catorce siglos de gloria y de felicidad , florecia en paz en medio de la Europa , cuya envidia excitaba , y cuyo ornamento era por la belleza y justa hermosura de su legislacion , por la politica noble de sus costumbres y modales , y por los admi-

* Aquella misma constitucion y leyes pudieron mejorarse conforme á los adelantos y luces de la verdadera politica que es inseparable de la Religion , si no se hubiera pretendido desterrar esta de la sociedad , del Estado , de la familia y aun del corazon. La misma monarquia francesa confirma hoy esta verdad con su ejemplo , bajo un gobierno constitucional , sin que encuentre otros obstáculos que los resabios que dejaron aquellos tiempos de impiedad y anarquía. (N. D. T.)

rables y famosos modelos de todo género, con que las letras, las ciencias y artes la habian de mancomun y á porfia enriquecido. Era feliz por dentro y respetada por fuera, su fama extendida en todas partes, la atraia los homenajes de las regiones mas lejanas, y el universo admiraba en ella la reina de la civilizacion.

Tal era el pueblo que escogió Dios para dar al género humano una leccion terrible y grande. De repente, opiniones nuevas y nuevos deseos, á la voz de algunos sofistas, se apoderan de este pueblo deslumbrado. Se fastidia y disgusta de sus creencias y de las doctrinas tutelares que tan alto le elevaron. Tentado por el fruto del árbol de la ciencia, quiere salir de su condicion, y ser semejante á Dios, á quien sola y únicamente pertenece y de quien dimana toda autoridad y soberanía. Prontamente este atentado recibe su castigo, como el del primer hombre, por una sentencia irrevocable de muerte, que el culpable ha de ejecutar por sí mismo.

La muerte de una sociedad es la extincion de toda verdad social: por consiguiente todas las verdades sociales abandonan de una vez esta na-

cion proscripta, y la entregan á sí misma sin protector y sin reglas, como aquellos pueblos perdidos sin remedio, de quienes decian los antiguos: *Sus Dioses han huido.*

De la verdad nace el amor que produce y conserva: y esta nacion, poco ha tan amante, ahora sin verdad, se ve ocupada prontamente de un espíritu horroroso de odio, que la anima é impele á su propia destruccion.

Cansada de toda autoridad y hasta del mismo Dios, la razon humana emprende constituir sin él la sociedad y hasta la Religion; porque la filosofia no solo se arrogaba y atribuia la autoridad, ó el derecho de imponer leyes políticas á los pueblos, sino tambien el sacerdocio, ó la funcion de arreglar sus creencias y su culto. « Vos « sois el sacerdote de la razon », escribia d'Alembert al viejo de Ferney. Y no se mire este dicho como una expresion insignificante ó sin consecuencia. La idea que enuncia no es mas que una deduccion rigorosa del principio de que partia, ó en que estribaba la filosofía; pues,

Lettre de d'Alembert à Voltaire, del 13 de diciembre 1764.

desde luego que ella lo sometia todo, hasta el mismo Dios, á la razon del hombre, era preciso que este viniese á adorar su razon, quiere decir, llegase hasta á adorarse á sí mismo, ó declarar con un acto solemne, que nada conocia superior á sí mismo: porque el culto público es la declaracion de la creencia pública; y cuando un pueblo no cree ya cosa alguna, su culto es una declaracion pública del ateísmo ú de la incredulidad.

Mas consideremos los progresos, y, por decirlo así, la filiación lógica de los acontecimientos. Se proclamó la independencia absoluta del hombre; y sus derechos, compendiados todos en esta sola palabra, vinieron á ser el único dogma político y religioso: en este caso necesariamente no se ve en la antigua Religion del Estado, en su símbolo y culto, mas que un atentado sacrilego contra la razon del hombre. Se trata á Dios de usurpador; y cualquiera que se declara á su favor tomando partido en la guerra que existe entre Dios y el hombre, y en la cual de nada menos se trata que del imperio, se hace á una vez culpable del crimen de lesa magestad di-

vina, negando la independencia absoluta ó la divinidad de la razon, y del crimen de lesa magestad humana, atacando la independencia absoluta del hombre. Debe pues sufrir la pena capital como impío y como rebelde*. Todo cuanto pertenecia á la Religion proscrita, como sus ministros, bienes, instituciones, usos y aun los nombres que ella habia consagrado; en una palabra, todo cuanto recuerda ó trae á la memoria al Dios enemigo, debe perecer, todo, hasta sus templos é imágenes; así como á la vuelta de un

* Digo la pena capital como impío; porque quien niega á Dios, es castigado con la muerte, ó separado eternamente de la sociedad de Dios, que es la vida, porque es la verdad: *Ego sum veritas et vita.* (JOANN. XIV, 6.) Este castigo dice una relacion necesaria con el delito, ó es una ley inmutable de la justicia; y porque esta ley revelada al hombre es eminentemente conforme á su razon. luego que él se pone en lugar de Dios, para siempre separa de su sociedad, ó castiga con muerte á cualquiera que rehusa, ó se niega á conocerle por Dios; y esto se vió en los antiguos imperios de Oriente, y en Roma en tiempo de los emperadores, como tambien en Francia cuando reinó el ateísmo. Pero Dios, como es un Ser eterno, no castiga á sus vasallos rebeldes, hasta que han entrado en la sociedad eterna, y hasta entonces da lugar y espera el arrepentimiento; mientras que el hombre, ser de un dia, ni aun espera hasta la tarde, que puede ser no vea, y se da prisa á dar la muerte antes de recibirla él mismo.

monarca legitimo se rompe y desmenuza la estatu del tirano. Asi en el calor de esta guerra asombrosa del hombre contra Dios, se trató hasta de destruir los libros en que se conservaban, exponian y defendian los derechos del soberano Ser. Esto no era todavía mas que una consecuencia justa de las máximas reinantes, y solo la imposibilidad de una destruccion completa, fué la que impidió que el fanatismo filosófico diese á Europa el mismo espectáculo que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulman.

Muchas veces habia ya visto el mundo el escándalo de la apoteosis individual del hombre: mas este sinnúmero de Dioses, criados por la adu'acion ó la supersticion, no eran entre los paganos, sino hombres que habian venido á ser mas perfectos, porque los habian hecho inmortales; y aun entonces la tradicion conservaba la creencia de un Dios supremo, elevado eminentemente sobre todas estas divinidades subalternas. Hay ahora mucha diferencia, porque la filosofia diviniza al hombre en abstracto, ó á la humanidad concebida bajo su nocion propia, excluyendo todo

ser superior. El hombre se adora como hombre; y encontrando en su orgullo y en sus deseos el carácter de lo infinito, los escoge naturalmente por objeto directo de su culto. Adora su orgullo con el nombre de razon y bajo el emblema del deleite, porque este, ó la independencía desenfrenada de los apetitos, no es otra cosa, si me es permitido expresarme así, mas que el orgullo de los sentidos, así como el orgullo es el deleite del entendimiento. Y como no hay vicio ni delito alguno que no salga necesariamente de estas dos pasiones, madres de todos ellos, cuando el hombre no reconoce mas autoridad, mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, fué preciso buscarse todos los vicios y delitos personificados en un mismo ser vivo, y este simulacro horroroso se encontró en las pocilgas de la prostitucion. Y en efecto, ¿qué imágen mas perfecta del error absoluto que destruye toda verdad, que el desórden profundo que destruye toda virtud, que acaba con el hombre, con la familia y con la sociedad? ¡Leccion para siempre memorable! La razon humana, cuyos beneficios, anunciados de antemano con tanto aparato, de-

bian transformar la tierra en una morada de paz y felicidad, esta razon tan poderosa llega en fin á reinar; se proclama su divinidad, y sus altares son ruinas, sus himnos cánticos de proscricion, sus sacerdotes verdugos, su culto la muerte, y la nada la esperanza de sus adoradores.

Hay en las doctrinas una virtud oculta, cierta fuerza secreta ó perniciosa ó benéfica, la cual no se percibe sino por sus efectos: y esto solo prueba que al hombre no toca escoger sus creencias, sino recibirlas de aquel que no puede engañarse, ni querer engañar; porque si el juicio de la razon sola decidiese, el hombre casi siempre engañado por falsas apariencias, ó por los sofismas de su espíritu; pereceria mil veces, víctima de sus vanos raciocinios, antes de llegar á descubrir las verdades propias de su naturaleza, y necesarias á su conservacion, pues que ellas le pasman y confunden, aun cuando las conoce con certeza y las cree con entera fe. Materia es esta, que á quien sabe da mucho que pensar: el instrumento de un suplicio atroz, la cruz, elevada en medio de los pueblos, contiene la efusion de sangre é inspira al hombre una dulzura celestial. Se echa abajo la

cruz, y en su lugar se presenta á la adoracion pública un símbolo de la voluptuosidad; corre á rios la sangre en el momento, un furor nunca visto se apodera de los corazones, y los primeros sacrificios ofrecidos al idolo obsceno, son hecatombes de víctimas humanas.

Hay verdades y errores que son á un tiempo mismo religiosos y politicos, porque la Religion y la sociedad tienen un mismo principio que es Dios, y un mismo término que es el hombre. Asi un error fundamental en Religion lo es tambien en política, y reciprocamente. Si pues existiese un error destructor del poder y autoridad en la sociedad religiosa, este error, el mas general que podemos imaginar, deberia ser igualmente destructor del poder ó autoridad en la sociedad política; y esto se ve en efecto, palpable en la historia de la revolucion francesa. En virtud de su independecia se levanta el hombre contra Dios, y se declara *libre é igual* á él; en virtud del mismo derecho, el súbdito se levanta contra la autoridad, y se declara *libre é igual* á ella. A nombre de la *libertad*, se echa abajo constitucion, leyes, todas las instituciones politicas y religio-

sas; á nombre de la *igualdad*, queda abolida toda gerarquía, toda distincion religiosa y política. Clero, nobleza, magistratura, legislacion, Religion, todo cae de una vez, y hubo un momento en que todo el órden social se encontró concentrado en un solo hombre. En tanto que este *hombre-poder*, mediador entre Dios y el hombre en la sociedad política, como el *Hombre-Dios* es mediador entre Dios y el hombre en la sociedad religiosa; en tanto, digo, que este hombre existió, no habia por que desesperar, y el órden, por decirlo así, concentrado en él, podia manifestarse con el tiempo, y volver á aparecer en lo exterior, por el solo acto de su poderosa voluntad. Esto se sabia, y resuelta su muerte desde este instante, fué como la última ruina que debia consumir y eternizar todas las otras. Desde el deicidio de los judíos, nunca se habia cometido un crimen mas enorme; porque el asesinato mismo de la inocencia no puede comparársele. Cuando Luis XVI subió al suplicio, no fué solamente un mortal virtuoso que sucumbió á la rabia de algunos malvados, fué la autoridad misma, viva imágen de la Divinidad de que dimana, fué

el principio del órden y de la existencia política, fué la sociedad toda quien pereció.

Y ciertamente no se pudo dudar, cuando se vió colocar el derecho de rebelion en el número de las leyes fundamentales del Estado, y consagrar la *insurreccion* como la *obligacion mas santa*. Nunca en el transcurso de las edades precedentes, pueblo ninguno habia llegado á este prodigioso exceso de delirio, á protestar al frente y principio de su constitucion contra toda especie de gobierno: este absurdo incomprensible estaba reservado al siglo de la razon.

Entonces sobre las ruinas del altar y del trono, sobre los huesos del sacerdote y monarca, comenzó el reinado de la fuerza, el reinado del odio y el terror: cumplimiento horroroso de esta profecia: « Se arrojará impetuosamente un pueblo entero contra si mismo, hombre contra hombre, vecino contra vecino, y se tumultuarán el niño contra el viejo, la plebe contra los grandes; porque opusieron su lengua y sus invenciones contra Dios! » Seria necesario pedir al

Et irruet populus, vir ad virum, et unusquisque ad

infierno su language, como algunos mónstruos le usurparon sus furores, para pintar esta escena espantosa de desórdenes y maldades, de disolucion y carnicería, esta confusion impura de doctrinas, este choque confuso de todos los intereses y de todas las pasiones, esta mezcla de proscricion y de fiestas inmundas, los gritos blasfemos y los cantos siniestros, el ruido sordo y continuo del martillo que demuele y de la hacha que hiere tantas víctimas, aquellas disonancias horribles y aquellos bramidos de alegría, anuncio lúgubre de una vasta mortandad, tantas ciudades viudas, tantos rios cubiertos de cadáveres, tantos templos y pueblos reducidos á cenizas, en fin, tantos asesinatos y deleites obscenos y vergonzosos, con tantas lágrimas y sangre.

« Si el mundo, » habia dicho Voltaire, « estuviese gobernado por ateos, seria mejor estar bajo el imperio inmediato de aquellos seres infernales que nos pintan encarnizados en sus

proximum suum: tumultuabitur puer contra senem, et ignobilis contra nobilem.... quia lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. ISAL. III, 5, 8.

« víctimas. » Gobernaron la Francia ateistas; y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas, que un ejército de Tártaros habria podido dejar en toda Europa á los diez años de invasion. Jamas, desde el principio del mundo fué dado al hombre tal poder para destruir. En las revoluciones ordinarias el poder se disloca, pero descende muy poco. No fué así cuando triunfo el ateismo. Como si hubiese sido indispensable, que bajo el imperio exclusivo del hombre, todo tomase un carácter particular de envilecimiento, la fuerza, huyendo de los nobles y de los miembros altos del cuerpo social, se precipitó á las manos de sus partes mas bajas, y su orgullo, que de todo se ofendia, nada perdonó. No el nacimiento distinguido, porque ellos habian salido del fango; no las riquezas, porque las habian envidiado por mucho tiempo; no los talentos, porque la naturaleza se los habia negado; no la ciencia, porque se conocian profundamente ignorantes; no la virtud, porque estaban cubiertos de crímenes; ni finalmente el

Homélie sur l'Athéisme.

crimen mismo, cuando anunció alguna especie de superioridad. Empezar anivelarlo todo era empeñarse en aniquilarlo todo. Así, gobernar vino á ser lo mismo entonces que proscribir, confiscar y volver á proscribir. Se redujo á sistema la muerte hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se había comenzado con puñales, fueron exterminadas clases enteras de ciudadanos; se echó abajo con el divorcio el fundamento de las familias; se embistió hasta con el principio de la población, concediendo premios públicos al libertinage*.

Entre tanto el odio al orden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destrucción, rompió sus barreras y fué á amenazar á todos los soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. Tuvo el ateísmo sus apóstoles y la anarquía sus *Seides*. La guerra convertida en guerra

* La sabiduría de los Legisladores de 1795 juzgó á las mugeres públicas ó como ellos las llamaban las *doncellas-madres* (*les filles mères*), tan útiles al Estado que se propuso asignarlas pensiones sobre el erario. Consideraban sin duda en ellas las *sacerdotisas de la razón*: y para conservar la Divinidad, se trataba de dotar su culto.

de salvages, se decretó no hacer prisionero alguno. Se estremeció el honor del soldado y se negó á cumplir esta orden bárbara. Pero fuera del campo de batalla, ni aun la niñez pudo desarmar la rabia, ni enternecer los verdugos. Me canso de recordar horrores tan incapaces de perdón. Presentaba Francia cubierta de ruinas, la imágen de un inmenso cementerio, cuando.... ¡cosa espantosa!... he aquí que en medio de estas ruinas; las cabezas mismas del desorden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada les hubiese aparecido. Su orgullo cae por tierra de improviso, conociendo que una fuerza irresistible les arrastra á ellos mismos al sepulcro. Vencidos por el terror, proclaman precipitadamente la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma; y puestos de pie sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos al Dios que solo puede reanimarla.

Yo me detengo aquí; ¿qué puedo añadir á este ejemplo eternamente memorable? El raciocinio, la autoridad, la experiencia están de acuerdo pues para demostrar que la Divinidad es lo pri-

mero y mas necesario á las naciones , y la razon de su existencia , y que toda filosofia irreligiosa camina acelerada á destruir el órden social , la felicidad de los pueblos y los pueblos mismos. Yo probaré ahora que la Religion sola los conserva y conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

CAPITULO IV.

SIGUE LA MISMA MATERIA.

Oigamos ahora como pensaban los antiguos sabios : « La falta de conocimiento del verdadero
 « Dios es para los Estados la mayor calamidad ; y el que trastorna la Religion , echa por
 « tierra el fundamento de toda sociedad huma-